

## SOFISTAS GRIEGOS: NUEVOS MAESTROS, VIEJOS MAESTROS

Ricardo López

UNIVERSIDAD DE CHILE

*Con frecuencia la filosofía académica ha asignado un valor negativo a los sofistas griegos, contemporáneos de Sócrates, que surgen en Atenas en el siglo V a. C. En oposición a esta imagen tradicional, el presente ensayo aporta elementos para construir una interpretación en la que los sofistas son caracterizados como pensadores de gran capacidad, e innovadores sociales de evidente influencia tanto en su época como respecto a los siglos posteriores. Se postula que fueron maestros educadores con un sólido manejo del saber de su tiempo, vinculados a los problemas de la política y la cultura, que aportaron un nuevo sentido al concepto de educación.*

---

251

### La primera generación de sofistas

En sus orígenes, en la antigua Grecia, el vocablo sofista se utilizó para designar a quien se mostraba experto en alguna actividad. Podía ser la filosofía, la poesía, la música o la adivinación, pero siempre un sofista era un maestro de sabiduría, alguien que se proponía hacer sabio a quien recibiera sus enseñanzas. Hombres célebres como los míticos Siete Sabios de Grecia fueron llamados sofistas, implicando con ello un profundo reconocimiento a su condición de hombres de excepción. El filósofo Tales, hijo de Hexamias de Mileto, o el estadista y poeta Solón, hijo de Execéstides de Atenas, recibieron esta designación como una expresión clara de respeto y admiración.

“Otros pueblos tienen santos, los griegos tienen sabios”, hacía notar Nietzsche<sup>1</sup>. Mucho antes de que se popularizara la palabra filósofo, con su sentido de amor a la sabiduría, los hombres

---

<sup>1</sup> *La Filosofía en la Época Trágica de los Griegos*, Orfeo, Buenos Aires, 1994, p. 11.

capaces de hacer grandes contribuciones eran sencillamente sabios, *sophós*, y por extensión sofistas, *sophistés*. Todo esto sucedía todavía a la altura de la Olimpiada 80, (mitad del siglo V a. C.). Lo que viene después es diferente: Llegan a Atenas hombres como Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontini, Pródico de Ceos, Hipias de Elis o Trasímaco de Calcedonia, a los que habría que sumar el nombre del ateniense Antifón. Todos ellos se atribuyen el calificativo genérico de sofistas y son reconocidos por desarrollar una influyente actividad intelectual. Luego, en virtud principalmente de la intervención de Sócrates, quien vivió contemporáneamente, y Platón, quien sin conocerlos personalmente recoge esta experiencia en sus diálogos, el nombre sofista pasa a formar parte de la controversia y termina siendo una categoría infamante. Más bien un estigma que pocos desearían para sí mismos.

En distintos diálogos de Platón, en los que Sócrates actúa como personaje central, se califica duramente a los sofistas. En el Protágoras, por ejemplo, Sócrates aconseja a su amigo diciéndole: "Vas a poner tu alma en manos de un sofista, y apostaré a que no sabes lo qué es un sofista". Agregando luego: "¿No adviertes, Hipócrates, que el sofista es un mercader de todas las cosas de que se alimenta el alma?"<sup>2</sup>. En un diálogo posterior, El Sofista, se agrega una singular lista de descalificaciones: Cazadores interesados de jóvenes ricos, mercaderes en asuntos referentes al alma, fabricantes y vendedores al detalle de conocimientos, atletas que compiten con la palabra y se muestran hábiles en el arte de la disputa<sup>3</sup>.

Platón reprocha a los sofistas básicamente el hecho de que sólo enseñan medios para alcanzar un fin, sin reparar en las exigencias de la moral. Los acusa de ofrecer, según conveniencia, el triunfo para el razonamiento débil por sobre el más fuerte, de hacer prevalecer la apariencia por sobre la realidad.

Aportando otro capítulo en esta historia, algún tiempo después, Aristóteles define a la sofística como un arte de la apariencia, completamente ajeno a la verdadera sabiduría, y al sofista como aquel que comercia con una sabiduría aparente y no real. Para completar su contribución, inventa el término sofisma como sinónimo de falacia, de una refutación aparente, mediante la cual se puede defender algo falso y confundir al adversario<sup>4</sup>.

Así, finalmente, el pasado luminoso del nombre sofista

---

<sup>2</sup> Protágoras 311 c y 312 a.

<sup>3</sup> El Sofista 213 d.

<sup>4</sup> Refutaciones Sofísticas, 164 - 65 a.

queda sepultado bajo una montaña de autoridad socrática, platónica y aristotélica. En la actualidad, aun para quienes se han aproximado a la filosofía, sofista equivale a demagogo, a un engañador que no tiene otra moral que su interés particular, a un traficante de apariencias.

No es fácil incursionar en la trama de esta polémica historia. La mayor parte de la información disponible sobre los sofistas es indirecta y fragmentaria. De sus obras, que debieron ser numerosas, escasamente se conservan algunos restos que sólo se pueden interpretar con dificultad. En contraste, la obra del mayor de sus adversarios nos ha llegado en su totalidad. Con todo, parece haber buenas razones para sostener una nueva interpretación sobre el papel de los primeros sofistas, y reconocer en ellos la categoría de educadores y el papel de innovadores sociales.

Es efectivo que los diálogos de Platón contienen energías acusaciones contra los sofistas, planteadas normalmente en términos generales, pero ello no impide el reconocimiento de algunos méritos particulares, tal como ocurre en los diálogos *Protágoras* y *Gorgias*. En ellos los sofistas que dan nombre al texto obtienen el respeto de Sócrates, quien, no por simple casualidad, se somete a los rigores del diálogo con unos interlocutores representados como hombres cultos y extremadamente hábiles.

Sin perjuicio de lo anterior, también es cierto que se mantiene una ambigüedad en la obra platónica. En el *Menón* se retoma el tema de los sofistas y Sócrates habla de Protágoras con frases muy duras:

*Lo que yo sé es que Protágoras, por si solo, ha ganado más riqueza con este talento que Fideas, el autor indiscutido de tantas obras maestras, y otros diez escultores juntos. ¡Qué cosa tan extraña y sorprendente es esta que nos cuentas! Un remendón de zapatos viejos, un zurcidor de vestidos, no podrían aguantar treinta días antes de traicionarse si devolvieran los zapatos y los vestidos en peor estado de como los recibieron, y ejerciendo este oficio, no tardarían mucho en morir de hambre. Protágoras, en cambio, habrá podido disimular a toda Grecia que está engañando y estropeando a los que se le acercan, que los hace partir de su lado peores que cuando los recibió, y esto durante más de cuarenta años<sup>5</sup>.*

Como es evidente desde el comienzo, la interpretación no es simple. Cualquier intento encontrará suficientes dificultades como para justificar el abandono de la empresa o preferir la comodidad que brinda la versión de mayor circulación. Pero el desafío está pre-

---

<sup>5</sup> *Menón* 92 a.

cisamente en avanzar por el camino menos transitado y buscar apoyo para una mirada renovada.

Ningún pensador de categoría desperdicia su energía atacando un espantapájaros. Platón, probablemente el filósofo más importante de occidente, no hubiese mantenido esta vigorosa polémica con los sofistas, sino porque ellos fueron de algún modo importantes en su propio ambiente cultural y en sus motivaciones intelectuales más profundas. Gastón Gómez Lasa, el mayor especialista chileno en filosofía platónica, admite una diferencia entre los sofistas "del tiempo de Sócrates", y aquellos contemporáneos de Platón. Respecto de los primeros, opina que "inspiraron en Platón un gran respeto", en tanto que descalifica a los siguientes porque estima que son impostores que usurpan sus ideas de los filósofos jonios y de Sócrates<sup>6</sup>.

En este sentido un primer paso consiste en establecer una diferencia entre los primeros sofistas, y todos sus discípulos y seguidores posteriores, que constituyen un conjunto de desigual calidad intelectual y muy difícil de someter a una misma interpretación. Hay bases sólidas para identificar una primera generación de sofistas, distinta de todas las siguientes, compuesta por pensadores pioneros de gran nivel y educadores decididamente innovadores, entre los cuales pese a sus diferencias existe un núcleo común. Algo así como un aire de familia, un parentesco espiritual, que les otorga una identidad específica. En este grupo se incluyen los seis pensadores mencionados: Gorgias, Protágoras, Pródico, Hípias, Trasímaco y Antifón.

Sobre estos primeros sofistas la información es desigual, en algunos casos excesivamente breve, y casi en su totalidad de fuentes indirectas, lo que obliga a considerar todo lo que se diga sobre ellos, con doble razón, sólo como una interpretación posible, incluida la composición de esta primera generación.

Considerados en términos muy gruesos, estos primeros sofistas comparten algunos rasgos comunes. El primero de ellos seguramente es su condición de maestros itinerantes que al llegar a Atenas ya habían acumulado una notable experiencia. Con la excepción de Antifón, sus recorridos por las distintas ciudades de la Hélade y sus colonias, debieron ser en cada caso el crisol en el que se forjó ese espíritu de pensadores libres, transgresores y de tono a ratos insolente. Sin restricciones, son buenos conocedores de la tradición filosófica y cultural helénica, y grandes oradores. Mantienen un interés

---

<sup>6</sup> *El Expediente de Sócrates*, Universitaria, Santiago, 1992, p. 262-3.

por el lenguaje que los distingue, y que resulta decisivo en sus aspiraciones de éxito como maestros que inauguran el hábito de cobrar por los servicios pedagógicos.

El dato histórico, comúnmente desatendido por los manuales de filosofía, que los ubica llegando a la ciudad de Atenas al término de la guerra que enfrentó a los griegos con el poderoso imperio Persa, es decisivo. Los sofistas provocaron profundos cambios en el modo de pensar y en las costumbres de la comunidad de su época, pero ello se inserta en un contexto histórico preciso. Su contribución central está orientada a responder con una propuesta muy concreta a las nuevas exigencias de la política ateniense abiertas después de la guerra. Con la batalla de Platea, a la altura de la Olimpiada 74 (479 a. C.), ha terminado una larga y costosa confrontación, de la cual, sin embargo, Atenas surgió como una potencia.

Es una paradoja que a partir de un suceso tan lamentable surgiera el mejor momento para el desarrollo de la cultura, en una naciente democracia que ya tenía firmes raíces desde el siglo anterior<sup>7</sup>.

Estas nuevas condiciones de libertad fueron particularmente propicias para el desarrollo del pensamiento y ciertamente de la filosofía, la que ahora convertirá al hombre en su foco de atención. La tradición de la filosofía jonia había acostumbrado a los griegos a tener a las estrellas y a la naturaleza como la materia central de la reflexión filosófica. Ahora la filosofía cambia su orientación y se instala en la tierra, en las calles de la ciudad, en la plaza pública, en el gimnasio. El hombre en relación consigo mismo, el cuidado de su alma, así como aquellas cuestiones asociadas a la política y la formación ciudadana, atraen a la reflexión desde este momento.

Comúnmente se asigna este mérito en exclusividad a Sócrates, lo que ciertamente es exagerado. Con seguridad la célebre frase de Cicerón definió tempranamente las cosas a favor de Sócrates: "Ha bajado la filosofía del cielo, le ha dado carta de naturaleza en las ciudades, la ha introducido en las casas y la ha obligado a meditar acerca de la vida y de las costumbres, del bien y del mal"<sup>8</sup>. Sin pretender discutir el gigantesco valor de la contribución socrática, es un hecho que este cambio ocurrió al menos contem-

<sup>7</sup> Cf. RODRIGUEZ ADRADOS, F., *La Democracia Ateniense*, Alianza, Madrid, 1993.

<sup>8</sup> Citado en NESTLE, W., *Historia del Espíritu Griego*, Ariel, Barcelona, 1987, p. 175.

poráneamente con el aporte de los sofistas. Consideremos que Sócrates, nacido el día 6 del mes de Targelión del año 4 de la Olimpiada 77 (469 a. C.), debió ser entre 10 y 15 años menor que Protágoras o Gorgias.

A la fecha la educación que recibían los jóvenes, centrada en las habilidades elementales de leer, calcular y escribir, junto a la gimnasia y la música, comenzó paulatinamente a resultar insuficiente frente a los requerimientos mayores que planteaba la formación ciudadana, la participación política y las pretensiones de una actividad intelectual más extensa. Atenas era una ciudad en la que el sistema educacional permitía a cualquier ciudadano asegurarse de que sus hijos conocieran a los grandes poetas nacionales. Con seguridad fue la ciudad más culta de su tiempo, la verdadera capital intelectual de Grecia. A diferencia de lo que ocurría en Oriente o en Egipto, en donde la educación formal estaba destinada a algunas minorías selectas, en Atenas se buscaba favorecer la preparación de todos los hombres libres a fin de que pudiesen dar cumplimiento a sus deberes y derechos como ciudadanos. El Estado organizaba periódicamente torneos culturales de canto, danza, teatro y hasta de gimnasia, abiertos a toda la población.

256

Sin embargo, lo que hoy llamaríamos la educación universitaria no existía en Atenas. Recordemos que faltan todavía unas doce Olimpiadas (cerca de medio siglo) para la fundación de la Academia de Platón, la primera universidad del mundo, y el "más grande acontecimiento en la historia cultural, espiritual, científica del ser humano", al decir de Gastón Gómez Lasa<sup>9</sup>, que recién abrirá sus puertas en la Olimpiada 97, (387 a. C.).

Atenas poseía una sensibilidad bien desarrollada respecto de la importancia de la educación, pero carecía de una institución de educación superior. En esas condiciones, estando el terreno perfectamente abonado, son los sofistas quienes adelantándose a una tendencia que luego tendría distintas expresiones, introducen una forma de educación de características inéditas. En primer lugar, se trata de una educación independiente del Estado, apoyada en una relación formalizada entre maestro y discípulo, y en el uso sistemático, por primera vez, del libro. Todo esto, en el marco del recién incorporado concepto de honorario.

Los sofistas no revestían el conocimiento de ningún secreto, ni practicaban ritos de iniciación. Su enseñanza posee una gran similitud con la que se practica en la actualidad. Gorgias, por ejem-

---

<sup>9</sup> *Op. cit.* p. 101.

plo, ofrecía conferencias de manera regular y llegó a dictar cursos que se prolongaron por varios años. Werner Jaeger es enfático al sostener que "el sistema griego de educación superior, tal como lo constituyeron los sofistas, domina actualmente en la totalidad del mundo civilizado"<sup>10</sup>. Todo esto en virtud de un pago, lo que provocó una fuerte respuesta de Sócrates y de sus discípulos Platón y Jenofonte.

Un aspecto verdaderamente llamativo de la educación sofística, y evidentemente una innovación injustamente dejada en el olvido, es la incorporación del libro con propósitos de enseñanza. Hay una serie de elementos que nos llevan a interpretar que hacia la segunda mitad del siglo, se produce una decidida evolución hacia una sociedad de lectores. Se conservan algunas cerámicas decoradas con imágenes de libros y lectores, junto con el testimonio de poetas y las referencias más o menos precisas de la quema de los libros de Protágoras, alrededor de la Olimpiada 91 (412-413 a. C.). También hay un aporte de Jenofonte, cuando relata que el bello Eutidemo había reunido una gran colección de obras de poetas y de sofistas afamados<sup>11</sup>.

Por cierto, no se puede dejar al margen el dato que entrega Sócrates en el contexto de su defensa ante el tribunal que lo juzga por no creer en los dioses y corromper a los jóvenes, justo al inicio del siglo IV a. C. En la primera parte de su discurso, menciona que cualquier persona puede adquirir en Atenas un libro por la suma de un dracma<sup>12</sup>. Para ello bastaba con dirigirse hacia la *orchestra*, una terraza semi circular en el mercado, a pocos pasos de la Acrópolis. Considerando que este costo no parece haber sido muy elevado, se puede suponer que ya en esa época había un activo comercio librario. Como en otras materias, Sócrates tendrá una postura distinta a los sofistas en torno al libro. El gran maestro rechazó la escritura y fue ágrafo en todo el sentido de la expresión. El reconoce en el diálogo la forma de intercambio filosófico por excelencia. Desde esta perspectiva desarrolla una posición crítica sobre el libro, al cual concibe como algo muy parecido a la pintura, por su incapacidad para contestar nuestras preguntas. Las palabras escritas "mantienen el más solemne silencio", dice Sócrates, sin ser capaces de dar explicaciones, de defenderse o de asistirse a sí mismas<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> *Paideia*, F. C. E., México, 1967, p. 289.

<sup>11</sup> *Recuerdos*, IV, II, 1.

<sup>12</sup> *Apología*, 26 c.

<sup>13</sup> *Fedro*, 275-76.

Los sofistas rompen esta tendencia. Introducen el hábito de escribir los discursos y consiguen darle así permanencia a la palabra. Ahora pueden ser discutidos y utilizados con propósitos formativos. No cabe insistir en la relevancia que ha tenido esta forma de trabajo en ámbitos universitarios.

### Los nuevos maestros de Grecia

Debemos reconocer a Hegel, particularmente a su libro *Lecciones Sobre Historia de la Filosofía*, publicado en 1833, el mérito de realizar el primer gran esfuerzo por reinterpretar el papel de los sofistas. Nunca hubo razones sólidas para rebajar la experiencia educativa que ellos encabezan, pero es preciso admitir que sólo después de Hegel esto se vuelve más evidente.

Hegel desaloja todos los lugares comunes e inaugura otra percepción respecto de los sofistas, creando para ellos una nueva dignidad. Mostrando la potencia que puede alcanzar la reflexión, la misma que les reconoce a ellos en calidad de pioneros, los convierte en los maestros de Grecia. Sostiene que llegaron para sustituir a los poetas y los rapsodas, los antiguos maestros, y para crear una nueva cultura:

258

*La necesidad de educarse por medio del pensamiento, de la reflexión, se había sentido en Grecia antes de Pericles: Comprendíase que era necesario formar a los hombres en sus ideas, enseñarlos a orientarse en las relaciones de la vida por medio del pensamiento y no solamente por oráculos o por la fuerza de la costumbre, de la pasión o del sentimiento momentáneo; no en vano el fin del Estado es siempre lo general, dentro de lo que queda encerrado lo particular. Los sofistas, al aspirar a este tipo de cultura y a su difusión, se convierten en una clase especial dedicada a la enseñanza como negocio o como oficio, es decir, como una misión, en vez de confiar ésta a las escuelas; recorren para ello, en incesante peregrinar, las ciudades de Grecia y toman a su cargo la educación y la instrucción de la juventud<sup>14</sup>.*

Se termina así la era de creer, de aceptar en forma irreflexiva. Retrocede el imperio de la fe y se abre el tiempo para indagar. El pensamiento ahora se lanza a la búsqueda de los principios generales, que le permitan juzgar por sí mismo todo aquello que puede tener vigencia y ser admitido como válido. Comienza la empresa de comparar consigo mismo el contenido positivo de las cosas, abandonando de este modo la autoridad de los oráculos, los mitos y las leyendas heroicas transmitidas por los antiguos poetas.

<sup>14</sup> *Lecciones Sobre Historia de la Filosofía*, F. C. E., México, 1985, tomo II, p. 12.

Hegel es el primero en reconocer en esta experiencia la creación de una cultura que merece ser calificada de Ilustración. El pensamiento se declara libre a sí mismo, y sólo acepta lo que surge de sus propias determinaciones. Inversamente luego afirmará que los filósofos de la Ilustración son los sofistas de los tiempos modernos.

Antes de los sofistas los grandes maestros de Grecia fueron los poetas. La concepción del poeta como un educador, en el sentido más auténtico y profundo, formaba parte de una larga tradición. Son ellos los que aportan, a través de sus relatos y sus personajes divinos y humanos, los ejemplos señeros, las normas básicas de conducta y los ideales de vida. Hasta donde se pierde la memoria, todos los criterios de formación fueron entregados por poetas como Homero y Hesíodo, y llevados a cada ciudad y cada persona por rapsodas errantes. En *La República* de Platón se encuentra un testimonio claro de la importancia que tuvo Homero, cuando se dice que fue el poeta que "educó a la Hélade"<sup>15</sup>. Más recientemente, Werner Jaeger expresa una posición equivalente al decir que Homero fue "el primero y el más grande creador y formador de la humanidad griega"<sup>16</sup>.

Karl Popper ha interpretado que con la publicación de las obras de Homero se inicia verdaderamente la cultura europea, otorgando al poeta en conexión con el libro, como nuevo fenómeno tecnológico, un singular mérito. Destaca que el libro editado por Pisístrato provocó consecuencias culturales de inapreciable magnitud. Conforme a su hipótesis, la cultura específicamente europea comenzó con la publicación de las obras de Homero:

*En Atenas, con la aparición del primer libro europeo, surgió el primer mercado del libro. Todo el mundo leía a Homero, cuyas obras se convirtieron en el primer libro de texto y la primera biblia de Europa. Hesíodo, Píndaro, Esquilo y otros poetas vinieron a continuación. Los atenienses aprendieron a leer (durante mucho tiempo toda la lectura era en voz alta) y a escribir, y en especial prepararon discursos y cartas, y Atenas se convirtió en una democracia. Se escribían libros, y los atenienses se lanzaban ansiosos a comprarlos<sup>17</sup>.*

Pero los sofistas removieron toda esta respetable tradición. No sin conflicto, como suele ocurrir con las grandes innovaciones, crearon una nueva cultura en donde ya no será el respeto a la autoridad consagrada, sino el pensamiento, el que oriente la vida de los hombres:

<sup>15</sup> *La República*, 606 e.

<sup>16</sup> *Op. cit.* p. 49.

<sup>17</sup> *En Busca de un Mundo Mejor*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 136.

*Pues bien, Grecia adquirió este tipo de cultura gracias a los sofistas quienes enseñaron a los hombres a formarse pensamientos acerca de todo lo que estaba llamado a tener vigencia para ellos; por eso, su cultura era tanto una cultura filosófica como una formación en las normas de la elocuencia*<sup>18</sup>.

Por primera vez en la historia de occidente se plantea el objetivo de formar personas autónomas con capacidad para pensar, y para intervenir lúcidamente en los asuntos públicos mediante el discurso. Se sustituye el prestigio de poetas y adivinos, por la iniciación en la actividad del pensamiento y el conocimiento del razonamiento y su expresión. Es prudente, con todo, reconocer que esta Ilustración tiene numeros antecedentes. En primer lugar, no existe en la tradición homérica nada cercano a una verdad revelada, lo que dejaba las cosas menos comprometidas para el acceso de la razón. Grecia tuvo poetas y no sacerdotes como educadores, una diferencia nada trivial. Igualmente, está la autoridad de los Siete Sabios, con sus consejos oportunos y razonados, y su invitación permanente a la búsqueda de la medida<sup>19</sup>. En el siglo VI a. C. los filósofos milesios Tales, Anaximandro y Anaxímenes, buscan una explicación de los fenómenos naturales dejando de lado las concepciones míticas, e inaugurando una forma de interpretar justificada mediante argumentos. Más adelante pensadores como Hecateo, Jenófanes y Heráclito, y luego Anaxágoras y Demócrito, aportan lo suyo para socavar la autoridad del mito y la religiosidad griega<sup>20</sup>. Los sofistas se insertan en este proceso y lo llevan hasta sus límites.

Para aquilatar la especial complejidad de esta empresa, y toda la voluntad comprometida, es bueno reparar en el hecho de que Atenas era una ciudad de particular religiosidad. Jenofonte asegura que los atenienses tienen más fiestas religiosas que cualquier otro pueblo griego, y Platón dice que allí se hacen a los dioses las más santas y brillantes procesiones. Atenas y todo su territorio se encontraban cubiertos de templos y capillas destinadas al culto de la ciudad, de las tribus, de los *demos* y de las familias.

Era una época en que conocer la voluntad de los dioses sobre los sucesos presentes y futuros tenía la mayor importancia. Para ello el recurso consagrado era la adivinación, y su sede por excelencia el Templo de Apolo en Delfos. Convertido en oráculo, durante mil años de historia documentada, primero griegos y luego romanos, fueron allí en busca de profecías que luego ellos mismos se encar-

<sup>18</sup> Hegel, op. cit. tomo II, p. 13.

<sup>19</sup> Cf. GARCIA GUAL, C., *Los Siete Sabios (y tres más)*, Alianza, Madrid, 1989.

<sup>20</sup> Cf. BARNES, J., *Los Presocráticos*, Catedra, Madrid, 1992.

gaban de convertir en realidad. Fustel de Coulanges, historiador del siglo XVIII, en forma bien documentada, expone:

*Atenas tiene sus colecciones de antiguos oráculos, como Roma sus libros sibilinos, y sostiene en el Pritaneo hombres que le anuncian el porvenir. En sus calles se encuentran a cada paso adivinos, sacerdotes, intérpretes de los sueños. El ateniense cree en los presagios: Un estornudo o un zumbido de oídos le detiene en cualquier empresa. Jamás se embarca sin haber interrogado a los auspicios. Antes de casarse no deja de consultar el vuelo de los pájaros. Cree en las palabras mágicas, y si está enfermo se pone amuletos en el cuello. La asamblea del pueblo se disuelve en cuanto alguno asegura que ha aparecido en el cielo un signo funesto. Si se ha turbado un sacrificio con el anuncio de una mala noticia, es preciso recomenzarlo.*

*El ateniense apenas comienza una frase sin invocar primeramente a la buena fortuna. El orador empieza siempre en la tribuna con la invocación a los dioses y a los héroes que moran en el país. Se conduce al pueblo repitiéndose oráculos. Los oradores, para que prevalezca su criterio, repiten a cada momento: "La diosa así lo ordena"<sup>21</sup>.*

Así, en estas condiciones, irrumpe en el escenario este grupo de hombres llenos de iniciativa. Sólidos oradores, verdaderos pensadores sociales, se presentan como maestros itinerantes que ofrecen sus servicios e imparten sus enseñanzas a cambio de un honorario. Con capacidad dominan y recrean el saber de su época. Proporcionan las primeras nociones relativas a las ciencias de la época, incursionan en las teorías de los filósofos naturalistas, interpretan las grandes obras de los poetas helénicos, establecen algunas distinciones conforme a la nueva gramática; y se plantean sobre temas tan diversos como la educación ciudadana y la génesis del conocimiento.

Un aspecto central de la enseñanza sofística, tal vez el de mayor demanda, estaba constituido por aquel saber destinado a desenvolverse en la vida pública: La retórica. Por esta razón Hegel dirá que los sofistas son, "principalmente, maestros de elocuencia"<sup>22</sup>. La retórica consistía en la *téchne* del buen decir, de encantar y seducir a los auditores por medio del discurso. La retórica es el instrumento que hace posible la persuasión. Es una capacidad que surge como producto de la aplicación de un saber y no de un inexplicable talento. Hace referencia a una práctica basada en reglas generales y conocimientos seguros. Aristóteles definió la retórica como la facultad de considerar reflexivamente los medios posibles de persuadir o de prestar verosimilitud a cualquier asunto<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *La Ciudad Antigua*, Iberia, Barcelona, 1965, p. 266.

<sup>22</sup> Op. cit. tomo II, p. 14.

<sup>23</sup> *Retórica*, I, 2, 1355, b.

La retórica no fue una materia de estudio entre otras, sino decididamente una muy importante. Esto convirtió a los sofistas en representantes de la profesión más apreciada. Platón hace decir a Gorgias en su célebre diálogo, que la retórica es el mayor bien al que se puede aspirar:

*Es, Sócrates, el mayor bien, en verdad, y causa al mismo tiempo de la libertad para los hombres y causa también del dominio que se puede ejercer sobre los demás hombres en cada ciudad en particular*<sup>24</sup>.

Pero la retórica no era un simple saber-hacer, una técnica de aplicación mecánica. Gorgias insistirá más adelante en que la retórica siempre debe emplearse dentro de los márgenes de la justicia<sup>25</sup>; e incorporará el término *kairós*, el arte del momento oportuno, como una distinción central de su concepción de la retórica. La *téchne* de la persuasión, que sólo puede ser concebida en un contexto interpersonal, descansa en importante medida en la capacidad para descubrir lo que es adecuado en cada situación, y actuar en el tiempo preciso. Este sentido de la ocasión, del momento oportuno, para intervenir en el curso de una conversación, es lo que los griegos llamaban *kairós*; y que ahora Gorgias propone como un aspecto esencial de la formación retórica. De esto dependerán sus posibilidades persuasivas en circunstancias que son cambiantes, introduciendo, por ejemplo, según las exigencias algo conocido de un modo nuevo o bien algo nuevo enlazado con algo familiar para la audiencia, o aniquilando la seriedad del adversario con la risa y la risa con la seriedad<sup>26</sup>.

En un texto del propio Gorgias se sostiene que en el discurso reside un gran poder, dado que con él podemos realizar las obras más divinas por medio de la palabra, que es su elemento más pequeño. En los escasos fragmentos que se conservan de su *Elogio a Helena* se lee:

*Es capaz de disipar el temor, eliminar la pena, crear la alegría y aumentar la piedad, (VIII). El encantamiento inspirado en las palabras puede provocar el placer y evitar el dolor, pues su fuerza unida con el sentimiento del alma, mitiga, persuade y enajena por medio de la magia, (X). El poder del discurso sobre la constitución del alma puede ser comparado con el efecto de las drogas sobre el estado corporal, (XIV)*<sup>27</sup>.

Esto no debe resultar curioso. En la actualidad es difícil imaginarse una cultura que otorgue tanta valor a su propio idioma. Sin

---

<sup>24</sup> *Gorgias*, 452 d.

<sup>25</sup> *Gorgias*, 456 57.

<sup>26</sup> *Fragmentos* 12 y 13.

<sup>27</sup> *Fragmento* 11.

embargo, en el contexto de una cultura oral los griegos sentían un fuerte orgullo por su lengua, la que consideraban superior a cualquier otra y ciertamente la que marcaba la diferencia respecto de los animales y los pueblos bárbaros. Manejar bien el idioma, hacer sutiles distinciones, razonar con propiedad, elaborar y pronunciar hermosos discursos, no eran desde luego cosas triviales. Por el contrario, pasaron a ser una parte esencial de la *paideia* griega.

### La educación y la política

Hay un mérito adicional en los sofistas. Ellos son los creadores de una concepción consciente de la educación, tal como ha sido argumentado por Jaeger<sup>28</sup>. Un proceso que debía asumirse de un modo resuelto y como una tarea sostenida en el tiempo; y ciertamente vinculada a la formación del espíritu. Es correcto decir que la educación de los sofistas tenía una orientación muy clara hacia el empleo del pensamiento y las capacidades personales con fines prácticos, pero eso no agota su concepción de la educación.

Desde temprana edad los niños en Atenas escuchaban las hazañas de dioses y héroes de labios de su madre o de alguna esclava niñera. Todo esto tenía el sello de lo informal y buscaba más la formación moral, que crear las bases para un futuro desarrollo intelectual. Inicialmente se interiorizaban algunos modelos asociados a la virtud y la belleza. Después, a la edad apropiada, se marchaba a la escuela de la mano del *paidagoogós*, un esclavo de confianza. Allí se aprendía el orden, la disciplina, así como la lectura, la escritura y el manejo de la lira, junto con perfeccionar el cuerpo mediante el ejercicio físico.

Con el tiempo, situación reservada sólo para los hombres, podrán participar de alguna conversación en el *ágora*, en el gimnasio, en el mercado o en una casa particular. Sin duda del mejor nivel. Se encuentran en Atenas por esa época el astrónomo Metón, los músicos Damón y Konnos, el matemático Teodoro, el escultor Fideas, el general Milciades, el filósofo Anaxágoras, el comediante Aristófanes, el historiador Heródoto, los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides, entre otros. Todo esto en un ambiente de gran aprecio por el conocimiento y el poder de la palabra. Sin programa, sin formalidad de ninguna especie, casi inevitablemente, y únicamente por el placer de recrear el saber, ésta es toda la formación.

Lo que viene es el intento exitoso de introducir un grado de formalidad en las relaciones de enseñanza y formación, que no fue

---

<sup>28</sup> Op. cit. cap. III.

producto del azar ni estimulada sólo por un compromiso de pago. En uno de los fragmentos del texto *Sobre la Concordia* de Antifón se lee:

*Lo primero para los hombres, creo que es la educación, pues si alguien realiza el comienzo de algo correctamente es casi seguro que su fin será excelente. Según la siembra así ha de ser la cosecha. Y si se deposita en un cuerpo joven la simiente de una auténtica formación ésta vive y florece a través de toda su existencia y ni la lluvia ni la sequía la destruyen*<sup>29</sup>.

Hay aquí un concepto consistente de educación. Resulta apresurado Antonio Tobar cuando describe la sofística sólo como una "habilidad brillante, de inmediata utilidad y fácil cultivo"<sup>30</sup>. Es evidente que hay más que eso. Por de pronto hay una noción de futuro implicada, que con Protágoras va a tener un sentido todavía más sólido y profundo cuando formula las bases para una formación ciudadana.

En casa del acaudalado ciudadano Calias se han encontrado por primera vez Sócrates y Protágoras, recién llegado a la ciudad. Atraído por la fama del sofista, el maestro se ha dejado arrastrar por el ímpetu de su joven discípulo Hipócrates, que no resiste un minuto más de espera. Entrada ya la conversación el tema es la enseñanza de la virtud. Sócrates ha establecido sus dudas y la palabra ahora la tiene Protágoras. En un estilo que refleja una profunda seguridad en sus propias condiciones, pero que será la mayor parte de las veces entendido como innecesaria petulancia, el sofista pone a su interlocutor frente a una inesperada opción al preguntar si desea una demostración por medio de una fábula o acaso con un discurso razonado<sup>31</sup>.

En seguida, la intervención se inicia con una fábula sobre el origen del hombre: Combinando la tierra, el fuego y otros elementos, los dioses han creado la vida, y han decidido enviar a los hermanos Prometeo y Epimeteo para que asignen a cada ser viviente las cualidades convenientes para que puedan desenvolverse en el mundo. Epimeteo suplica para que se le permita asumir por sí solo la tarea, y distribuye impulsivamente las cualidades de modo que ningún ser las posea todas o carezca en absoluto de ellas. A unos da la fuerza y a otros la rapidez, a unos hace grandes y a otros pequeños, a unos les permite volar y a otros desplazarse por la tierra. De esta manera adquiere forma la más absoluta diversidad, pero en su

<sup>29</sup> Fragmento 60

<sup>30</sup> *Vida de Sócrates*, Rev. de Occidente, Madrid, 1966, p. 231.

<sup>31</sup> *Protágoras*, 320 c.

entusiasmo el enviado de los dioses ha agotado todas las cualidades con los animales privados de razón y ha olvidado al hombre. No por casualidad los griegos asimilaban el nombre Epimeteo con la torpeza, con alguien que no reflexiona antes de actuar.

Prometeo, a quien toca luego resolver este problema, decide robar a Atenea y a Hefestos el secreto de las artes y el fuego, y entregarlas a los hombres. Con estas cualidades podrán protegerse, alimentarse y crear una lengua. Satisfechas así las necesidades más urgentes, un poco después intentan agruparse con fines de mutua conservación y construyen ciudades, pero rápidamente surgen algunas dificultades. Los hombres no logran establecer relaciones de colaboración, y se causan daño unos a otros. Esto los condena a permanecer dispersos y vulnerables. Prometeo había aportado los medios para sobrevivir, pero no para convivir. Tenían la técnica, pero carecían del conocimiento de la política.

Esta última se encontraba exclusivamente en manos de Zeus, y Prometeo que fue capaz de robar a Atenea, la diosa de la sabiduría y las artes, y a Hefestos, el herrero de los dioses, jamás se hubiese atrevido a entrar en la Acrópolis, la ciudad alta, la mansión del padre de los dioses. Pero el gran Zeus no demoró en enterarse de esta situación, y dispuso que los hombres recibieran esta vez el pudor y la justicia, para que pudieran construir relaciones estables y de colaboración. El designado para esta nueva misión fue Hermes:

*¿Bastará, pues, que yo distribuya lo mismo el respeto y la justicia entre un pequeño número de personas o las repartiré a todos por igual? A todos, sin dudar, respondió Zeus: Es preciso que todos sean partícipes, porque si se entregan a un pequeño número, como se ha hecho con las demás artes, las ciudades no podrían subsistir. Además, publicarás de mi parte una ley, según la que todo hombre que no participe del pudor y de la justicia, será exterminado y considerado como la peste de la sociedad<sup>32</sup>.*

A partir de esta fábula surge una concepción social de la educación. El cultivo de la inteligencia personal con fines prácticos era una meta valiosa para los sofistas, pero lo que aquí está en juego es un propósito que envuelve y subordina cualquier otro objetivo. Claramente ésta no es una defensa de la individualidad, tan propia de los sofistas. Ciertamente en este aspecto Protágoras se diferencia. Este es el punto de partida para llegar a una concepción de la formación ciudadana como un objetivo superior, en la cual el Estado tiene una decidida responsabilidad. Todos están obligados, insistirá Protágoras, a cultivar la virtud política, centrada en la posesión del

---

<sup>32</sup> Protágoras, 322 b.

respeto y de la justicia; y enmarcado en el ideal del autodomínio, de lo contrario no habrá sociedad.

La fábula elegida por Protágoras no puede ser más explícita. Sin la política la opción de tener una *polis* se desvanece. El espacio social que representa, como expresión de comunidad y como existencia de unidad, no es el resultado natural o casual del encuentro de muchos, ni se constituye por la simple suma del aporte personal, sino que se logra a partir de una realidad que sólo puede ser originada en el acuerdo. Según el relato corresponde a Zeus imponer a los hombres la política, pero en la evolución del discurso de Protágoras aparece con nitidez un concepción de clara orientación social. No es la sabiduría divina, ni siquiera la vocación natural del hombre, la que crea la arquitectura y el soporte que da vida a la comunidad. Todo esto es obra del pensamiento:

*Es preciso que todos se persuadan de que estas virtudes no son un presente de la naturaleza, ni un resultado del azar, sino fruto de reflexiones y de preceptos, que constituyen una ciencia que puede ser enseñada, que es lo que ahora me propongo demostrar*<sup>33</sup>.

Hay un vínculo que mantiene unidos a los hombres en una comunidad, pero éste no ha sido impuesto ni está previsto con anterioridad. Son los propios hombres los que deben asumir esta responsabilidad mediante la educación, y por supuesto mediante algún acuerdo de carácter fundamental, que permita definir los principios básicos en función de los cuales generar todo este proceso. Aparece el Estado como el origen de todo el esfuerzo educativo. Protágoras recoge aquí una respetable tradición que se remonta a los Siete Sabios de comienzos del siglo VI a. C., quienes encarnan un tipo de sabiduría práctica al servicio de la comunidad, y por consecuencia muy próxima a la actividad política.

Protágoras no se limitó a hacer un buen discurso con estas ideas. Sabemos que Pericles le confió la tarea de redactar una constitución para la colonia de Turios, recién creada en el sur de Italia. En ella el sofista definió una democracia que garantizaba la existencia y conservación de la clase media, mediante un límite que establecía una extensión máxima en la propiedad de la tierra. Sin embargo, el aspecto medular de esa constitución fue la incorporación de un nuevo concepto de responsabilidad social en la educación. La carta fundamental creada por Protágoras establecía la instrucción escolar obligatoria para todos los hijos de los ciudadanos, financiada enteramente con cargo al Estado<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> Protágoras, 323 c.

<sup>34</sup> NESTLE, W., op. cit. cap. IX.

Werner Jaeger ha ido incluso más lejos en su interpretación, convirtiendo a Protágoras en el creador de un humanismo de gran fuerza actual:

*No todos los sofistas alcanzaron una alta concepción de su profesión. El término medio se daba por satisfecho con transmitir su sabiduría. Para estimar con justicia el movimiento en su totalidad es necesario considerar sus más vigorosos representantes. La posición central que atribuye Protágoras a la educación del hombre caracteriza al designio espiritual de su educación, en el sentido más explícito, de "humanismo". Esto consiste en la sobreordenación de la educación humana sobre el reino entero de la técnica en el sentido moderno de la palabra, es decir, la civilización. Esta clara y fundamental separación entre el poder y el saber técnico y la cultura propiamente dicha, se convierte en el fundamento del humanismo<sup>35</sup>.*

Con Protágoras la sofística queda definitivamente a cubierto de la habitual acusación de desprecio por el bien común. Su discurso sobre las necesidades de la *polis* y la formación ciudadana es una prueba que no podemos dejar pasar. Ahora en la interpretación de Jaeger se agregan otros elementos, que ponen al sofista como una figura de gran estatura espiritual. Protágoras estaría anunciando una discusión que hoy mantiene toda su vigencia y acaso sea la cuestión esencial de toda educación.

Al separar el poder y la técnica, por un lado, de los valores de la formación ciudadana y la política, por el otro; y en seguida ordenarlos de modo de hacer primar a la educación, Protágoras está planteando la discusión en su punto esencial. Los hombres pueden alimentarse y construir habitaciones mediante recursos eficientes, pero esos mismos recursos no sirven para enfrentar los problemas más fundamentales de la convivencia. Resuelta una cosa no queda automáticamente resuelta la otra. Esta última tiene nuevas exigencias y distinta complejidad.

No se agota todo el universo de lo humano en la mirada de la técnica. Después de eso resta todavía el mayor de los problemas: El de diseñar una estructura para la convivencia y el de construir una verdadera comunidad que acoga a cada cual en su particularidad, pero dentro de los márgenes del espacio común definido. Este seguramente era un elemento de preocupación del pensamiento político. El historiador Tucídides ha relatado que Pericles al definir la constitución de Atenas, recoge como un aspecto central la obligación de respetar rigurosamente la ley, permitiendo que cada persona pueda vivir como quiera sin perjudicar a los demás<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup> Op. cit. p. 274 - 75.

<sup>36</sup> *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 37.

Racionalidad instrumental o racionalidad valórica. Para Protágoras la cuestión no sólo está planteada, sino también resuelta. Paradójicamente el mismo pensador que ha expresado una duda cuidadosamente razonada sobre la existencia de los dioses, y que ha declarado que tanto en sus discursos como en sus escritos deja de lado "toda cuestión que afecte a la existencia o inexistencia de los dioses"<sup>37</sup>, elige a Zeus, la divinidad principal, como portavoz de su concepción. La educación y el Estado han de crear las bases que hagan posible el despliegue de la convivencia social. La política no es una opción que un hombre puede o no tomar, es sencillamente la actividad social fundamental. Sin ella nada puede resultar. Protágoras no cree en la armonía preestablecida ni en contratos tácitos. La convivencia se construye y se administra inteligentemente mediante la política y ésta tiene su fundamento en la educación.

En un momento determinado los sofistas fueron los nuevos maestros de Grecia, desde nuestra perspectiva ellos son ahora viejos maestros. En un pequeño lapso de dos generaciones la sociedad ateniense sufrió un conjunto de cambios que alteró toda su vida social. En este proceso los sofistas aportaron la educación universitaria, el uso del libro como apoyo a la enseñanza, la educación de la palabra y del pensamiento, el bosquejo de una epistemología constructivista y la educación para la política y la democracia, entre otras innovaciones. Desconocer esta experiencia es desperdiciar un potencial de lucidez para mirar al futuro<sup>38</sup>.

### Abstract:

Frequently the academic philosophy has assigned a negative value to the greek sophists, contemporaneous to Socrates, that arise in Athens in the fifth century B. C. In oposition to these traditional images, the present essay bring forward elements to build an interpretation in which the sophists are characterized as thinkers of great capacity, and social innovators of evident influence not only in their period but with respect to the following centuries. It is set out that they were masters educators with a solid management of the knowledge of their time, linked to the problems of politics and culture, that contribute with a new sense to the concept of education.

---

<sup>37</sup> Teeteo, 162 d.

<sup>38</sup> Cf. LOPEZ, R., *Reinterpretación de los Sofistas*, Universidad Educare, Santiago, 1996.